

LOS CARACTERES DEL ESTRAGO

Francisco Serrano

Como a todos los que quisimos y admiramos a Octavio Paz, me conmovió profundamente la sucesión de calamidades y desdichas que se abatieron sobre él a partir de aquella noche de las inmediaciones del invierno de 1996, cuando un incendio destruyó parte de su casa en la ciudad de México. Era como si, por una suerte de compensación ontológica, de pronto, este hombre que lo tenía todo: fama, amor, reconocimiento, que había leído todo, que había llevado a cabo una obra inmensa y deslumbrante, debiera retribuir tanta excelencia, tanto don recibido.

Hablé con él unos días después del incendio. “Su viejo amigo está muy amolado”, me dijo de entrada. Luego me refirió, entre abatido y asombrado, el catálogo de angustias y pérdidas que se inició con el cortocircuito que inflamó las cortinas de la sala de su casa. Lo que destruyeron las llamas lo aturdiría y llenaba de tristeza. Cuadros, esculturas, obras de arte, libros preciadísimos --muchos ejemplares que habían pertenecido a su abuelo--, desaparecieron consumidos por el fuego o desbaratados por la apremiante pero ciega acción de los bomberos.

Era terrible escuchar su relato de cómo, mientras subía la escalera desde sus habitaciones, situadas abajo, hasta el piso superior, a donde debía llegar para poder alcanzar la puerta y salir al pasillo que lo libraría de las llamas, sintió que no podría sobrevivir, envuelto en el humo espeso y sofocante. A medida que subía tenía la sensación de caer. Su ascenso era un descendimiento. Los peldaños parecían conducirlo al infierno y la muerte. Felizmente no fue así, pero a partir de entonces comenzaron sus desventuras. Como Job, puesto a prueba, escribió Gabriel Zaid. Pienso más bien, con cierto estupor, en Sor Juana.

Sor Juana fue una presencia recurrente, cíclica en la vida de Paz. Sabemos cuánto amó el poeta identificarse con la monja novohispana. *Sor Juana c'est moi*, dijo alguna vez. Sin forzar mucho las cosas, es posible ver en ambos emblemas de la voluntad y el carácter, encarnaciones, *jeroglíficos* de una sed insaciable de conocimiento, de la libertad que se arriesga y no teme romper los límites.

La historia es irreductible a la mera causalidad. La irrupción del accidente y lo imprevisto altera todos nuestros cálculos. El incendio que lo obligó a prescindir de sus objetos más queridos: libros, cuadros, instrumentos de trabajo, le confirió un nuevo *significado* a su vida. Expulsados de su lugar, los Paz tuvieron que alojarse en un hotel. Siguió un periodo atroz, angustioso. Unos meses después los médicos detectaron, tardíamente por desgracia, el cáncer de nuevo.

Lo vi entonces varias veces. Sentado al sol en su silla de ruedas, *entre lúcido y desesperado*, delgado, barbado, silencioso, recordaba un poco al viejo Pound. Lucía muy fatigado. Visitarlo suscitaba un caudal de emociones contradictorias: alegría y zozobra mezcladas. Al gusto de verlo paciente y animoso se oponía el pesar de encontrarlo abstraído, triste, recomido por sus pensamientos. Por fortuna, como en el caso de Sor Juana, “el rigor de la enfermedad, que bastó a quitarle la vida, no le pudo causar la turbación más leve en el entendimiento.”

Golpeado por la adversidad, estragado por el dolor, ¿en qué pensaba? ¿Fue consciente Paz de las simetrías que lo identificaban con Sor Juana? Los paralelismos son reales: una y otro niños maravillados en el lugar del tesoro: la biblioteca del abuelo; lectores precoces inmersos en un universo de signos, en un espacio abierto, donde se despliega, como en un vuelo sin fronteras su actividad mental. Lectura muchas veces a hurtadillas: robo del conocimiento. Ambos, jóvenes hermosos y brillantes, destacaron pronto en la sociedad de su tiempo. Aquí las semejanzas parecen detenerse. No tanto. La carrera diplomática de Paz fue a su manera una elección equivalente al camino del convento elegido por Sor Juana para poder dedicarse a las letras. La obra de ambos es, además, la expresión de una vocación libertaria y rebelde, marcada por un apetito inmenso de saber.

Paz señaló en distintas ocasiones que el saber es osadía, violencia. Conocer es transgredir. El poeta es, en efecto, un ladrón de fuego. Pero el saber, como transgresión, implica el castigo del saber. Como en el caso de Sor Juana, la vida y la obra de Paz pueden condensarse en esta frase con que el propio Paz resumió la historia de la poetisa: “El conocimiento es una transgresión cometida por un héroe solitario que luego será castigado. Este castigo, no obstante, será, paradójicamente, su gloria.”

Enfrentado a la disciplina de la pérdida y el dolor, ¿se sintió, él también, como Sor Juana, asediado, amenazado, perseguido? --¿por quién? A un hombre de la sagacidad de Paz no pudieron pasarle inadvertidas las turbadoras semejanzas entre lo que le ocurría a él al final de sus días y lo que le sucedió a su amada Sor Juana. Era difícil no reparar, otra vez, en ciertos paralelismos, en ciertas “correspondencias” claramente legibles *entre los caracteres del estrago*. Es cierto, nadie lo obligaba a abjurar de sus creencias, pero Paz veía puestas en entredicho su libertad e independencia; ningún calificador de la Inquisición le exigía cuentas, pero el poeta debía enfrentar una decisión terrible, inapelable del destino; ningún prelado intolerante lo apremiaba para que dejase sus libros, pero el fuego lo había expulsado de su biblioteca; ningún guía espiritual lo inducía a la autoflagelación, pero la enfermedad y el dolor castigaban su cuerpo; ningún censor lo atormentaba, obligándolo a abandonar sus instrumentos de trabajo, pero su espacio, su casa, se había desmoronado.

¿Qué sentido tenía su desdicha? ¿Es posible ver rasgos tan tristemente “modernos” en los últimos días de Paz? Como el mismo escribió: “el sentimiento de culpa encuentra siempre ocasión de manifestarse.” ¿Fue así? Paz se propuso, siempre, descifrar el sentido de lo que ocurría a su alrededor. ¿Vio en la concatenación de los sucesos que lo afectaban el emblema del ascenso y la caída que tanto lo desveló y a cuyo esclarecimiento dedicó tantas páginas penetrantes?

“La realidad cambia de apariencia y se transforma en un libro enigmático que leemos con temor”, escribió en *Las trampas de la fe*. ¿Su fe le tendió una trampa? No es improbable que Paz haya percibido que la osadía de su amor al saber era una transgresión y que como tal debía ser castigada. ¿Se identificó, también él, con Faetón, audaz y sacrílego, precipitado al abismo por haber cedido al empeño orgulloso de conducir el carro del sol? El significado de esta imagen mítica, nos recuerda el propio Paz, es doble: la osadía que traspasa los límites y la fascinación por la caída, la aspiración hacia lo alto y la atracción por el abismo. Imágenes sucesivas de la libertad: el vuelo y el despeño. Movimientos opuestos cuya oscilación tanto lo atrajo. En su caso, ¿la aspiración hacia lo alto entrañaba una fascinación por la caída? Su curiosidad formidable, proteica, ¿ocultaba la seducción de la culpa y el castigo? ¿En algún momento se sintió Octavio Paz atraído por el abismo? ¿Se habrá repetido para sí esos últimos días en su jardín de Coyoacán: *Caíste ya Faetón,/ cediste al hado...?*

No sé si tenga objeto responder a estas preguntas. En todo caso lo que me interesa destacar es la posibilidad de que las desdichas de esos últimos días, más que el resultado de la acción de una providencial justicia poética, como apuntó Zaid, se hayan debido a la irrevocable reactualización del mito, un proceso, por otra parte, bien estudiado por Paz.

Como el protagonista de *Primero sueño*, Paz confrontó el espíritu humano y el cosmos. Osada tentativa que, de acuerdo con la lógica expresada en el poema de Sor Juana y subrayada por el propio Paz, entrañaba su ruina.

La transgresión y el castigo. Los últimos días de Octavio Paz ¿fueron un castigo? Y si es así, ¿inflingido por quién? Paz mismo nos recordó que “somos los cómplices, aunque también los críticos de nuestra fatalidad.”

¿Cual es el sentido de la *desventura* de Octavio Paz? Arriba dije que podía leerse como la reactualización, implacable y terrible, de un arquetipo, sí, pero también como su crítica. El signo se amplifica y despliega y, al hacerlo, engendra su refutación. No era necesaria la caída para confirmar la gloria de Paz. El fin no añade nada al esplendor universal de su obra. Sin embargo, el hecho de que ocurriera demuestra, creo, la *veracidad* de su tentativa de conocimiento. Octavio Paz transgredió ciertos límites. El azar, o las precisas leyes, “que rigen este sueño”, lo precipitaron, al final de sus días, a un abismo de desdicha y dolor. A semejanza de Sor Juana, no obstante, no hay nada edificante en ese fin. No hay, quizá, tampoco, ninguna culpa y ningún castigo.

Tal vez el vuelo y la caída (que Paz vio siempre como coincidentes) expresen la objetividad de un destino cumplido. Como él mismo escribió en la conclusión de su extraordinario libro sobre Sor Juana: “Subir y caer se cruzan en un punto imantado del espacio y en ese instante, *entre los caracteres del estrago* trazan el mismo jeroglífico.”

Coyoacán, a 19 de mayo de 1998.